

HOMILÍAS

TIEMPO DE NAVIDAD

LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Misa de la vigilia

“María dio a luz un hijo”

Hoy celebramos el Misterio que expresan esas palabras. Un Misterio tan grande que no cabe en las fronteras de un día natural, y requiere que lo conmemoremos desde la víspera, porque somos el pueblo que alaba y se alegra a todas horas, como dijimos en el salmo.

Hoy celebramos. En nuestros tiempos, sin embargo, el festejo de la Navidad muchas veces se caracteriza por comidas, regalos, risas y abrazos. Eso no está mal. El salmo nos invitó a alegrarnos con Dios, como él se alegra con nosotros. Debemos festejar porque el esposo está con nosotros (Mt 9, 15). Lo incorrecto es olvidarse de la causa del júbilo, que es Jesús, como ha sucedido en nuestra sociedad.

Miles de luces iluminan árboles, casas y edificios. Veamos en ello un símbolo de que en Belén la oscuridad del pecado empezó a disolverse por la Luz que entró al mundo. Celebremos lo que realmente celebramos: el entrar de Dios en la historia haciéndose hombre para restituir el hombre a Dios.

Los católicos no queremos una fiesta sin festejado. Por eso nos reunimos en torno al altar en donde se hará presente el mismo que nació de María, el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. En esta celebración nos unimos a aquél que ha venido del cielo para que nosotros seamos admitidos en el cielo.

TIEMPO DE NAVIDAD

Así pues, entre todas las comidas de esta época no perdamos de vista cuál es el alimento esencial del que debemos nutrirnos en Navidad: el Pan del cielo, el alimento que nos permite saborear la vida eterna. Nutriéndonos del Pan de Vida podemos renacer en el amor.

En las dos lecturas y en el salmo hemos escuchado la promesa que hizo Dios a su pueblo. Hoy celebramos que Dios cumplió su palabra porque su Palabra se hizo carne. Jesús nació y el Señor se hizo presente en el tiempo y en el espacio.

No veamos este ingreso en el mundo como una mera especulación teórica. Se trata de un Misterio que toca nuestra existencia, invitándonos a preguntarnos si realmente permitimos la entrada del Señor en nuestro tiempo y en nuestro espacio.

¿Tengo tiempo para Dios? ¿Puede Dios encontrar un lugar en mi vida? ¿Puede Dios ocupar espacio mi o todos mis pensamientos y quehaceres son para mi? ¿Tenemos tiempo para el prójimo, que es imagen de Cristo?

Esta tarde nos invita, por tanto, dejar entrar a Dios en todas las situaciones de nuestra vida en donde está ausente. Nos invita a dejarnos tocar por la ternura y el amor de Dios que se inclina sobre nuestras debilidades, sobre nuestros pecados y que se abaja hasta nosotros.

Hoy nos conmovemos por el Niño, y le pedimos que su llanto despierte nuestra indiferencia hacia el que sufre. Tomemos a ese Niño en brazos, dejemos que nos abrace. No lo soltemos nunca.

Misa de la noche

“Unos pastores pasaban la noche en el campo, vigilando”

Al igual que los pastores, nosotros hemos estado vigilando. Hemos estado velando en oración durante todo el Adviento, esperando ver una gran luz. Hoy, como dice Isaías en la primera lectura, recordamos a la luz resplandeció. Hoy recordamos, como leímos en el Evangelio, que María dio a luz a la Luz, y que, a nosotros, como a los pastores, Dios nos envolvió con su luz.

Narra san Lucas que Jesús nació siendo emperador romano Cesar Augusto y Quirino Gobernando Siria. Con estos datos, la Calenda de Navidad, que en muchos lugares se canta al inicio de la Misa, precisa más el tiempo en el que nació el “Consejero admirable”. Dice también san Lucas que María dio a luz en Belén, en un pesebre porque no había lugar en la posada. Con ese dato nos indica el lugar en donde nació el “Dios poderoso”.

El Hijo de Dios, siendo eterno, superior al tiempo y al espacio, ha querido entrar en nuestras coordenadas, para que lo veamos con nuestros ojos, lo toquemos con nuestras manos, y para que lo escuchemos.

Dios se ha hecho semejante a nosotros por nosotros. La grandeza de Dios la podemos ahora contemplar en la sencillez de un recién nacido. Ese bebé a quien su madre envolvió en pañales, que llora, que duerme, que mueve su carita lentamente, es Dios.

Este misterio nos causa gran alegría. Un gozo como el que siente quien cosecha o quien se reparte un botín, según leímos en el libro de Isaías. Una

alegría que llena a los cielos y a la tierra, que hace retumbar el mar, y saltar el campo, como escuchamos en el salmo.

Es por ello que, con el ejército celestial alabamos a Dios, cantando: “¡Gloria a Dios en el cielo!”, como hicimos al inicio de la Misa tras cuatro semanas en las que habíamos omitido este himno. Es tan grande este misterio que nos arrodillaremos al recordarlo en el Credo, en vez de sólo inclinar la cabeza.

A los pastores que estaban velando se les apareció un ángel. Les avisó del nacimiento y les dio una señal para encontrarlo: estaba envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Si nos fijamos bien, es Dios quien los busca, quien por medio de su ángel los llama y sale a su encuentro.

Dios se hizo hombre para buscarnos. Esto lleva a preguntarnos ¿Me dejo encontrar por él, me dejo abrazar por él, me dejo acariciar por él, me dejo querer por él o impido que se acerque? ¿Dejo que él me llene con su paz?

El libro de Isaías le da a Jesús el título de “Príncipe de la paz”. Y en el Evangelio se vuelve a hablar de la paz, al narrar que el ejército celestial pregonaba la paz “a los hombres de buena voluntad”.

Eso significa que para alcanzar la paz se necesita de la buena voluntad de los hombres y de las mujeres; que necesitamos hacer algo para alcanzar la paz.

Tener una buena voluntad para alcanzar la paz significa abandonar todo pensamiento de venganza hacia los demás, aunque hayamos recibido ofensas. Significa cancelar los resentimientos que sentimos hacia los demás.

HOMILÍAS

Nos recuerda san Juan que quien aborrece a su hermano camina en las tinieblas (1 Jn 2,11). Nosotros ya no somos el pueblo que camina en las tinieblas, porque hemos visto la gran luz de Dios nacida en Belén, como leímos en la primera lectura. Nosotros, los cristianos, somos, por tanto, los que amamos a nuestros hermanos.

Esta solemnidad nos invita a renunciar a esos deseos de hacer justicia por nuestras manos contra quien nos ofendió, porque Cristo nos enseña a renunciar a los deseos mundanos para que vivamos de manera justa, fervorosamente entregados a practicar el bien, como leímos en la carta de San Pablo a Tito.

A Santa María, que es la Reina de la paz, y que es nuestra madre, le pedimos que interceda por nosotros para que esta Navidad pueda nacer en nuestro corazón, un lugar tan pobre como un pesebre, el Príncipe de la paz.

Misa del día

“Aquel que es la Palabra era la luz verdadera”

La Palabra es la luz que esperamos ver durante todo el Adviento. Es el amanecer que esperábamos que llegara. Y hoy, que las horas de luz empiezan a ser más que las de oscuridad en el hemisferio norte, recordamos este gran amanecer de la historia, la entrada de la Luz en el mundo.

Nosotros renunciamos a las tinieblas. No queremos vivir en ellas, que no reciben a la luz. Queremos vivir en ti, luz nuestra. Queremos que nos ilumines, que brilles en nuestras vidas. El mundo fue hecho por ti, y aunque no te haya conocido, nosotros sí queremos conocerte. Queremos ser como

el Bautista, testigos de la luz, de esta luz por la que todas las cosas, incluyéndonos a nosotros, existimos.

Dice San Juan que en el principio ya existía aquel que es la Palabra, que estaba con Dios y que era Dios. Luz y Palabra es la descripción de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo eterno de Dios.

Cuando queremos que una palabra perdure, la escribimos. Si es muy importante, la grabamos en piedra, e incluso la escribimos con letras de oro. La Palabra Eterna de Dios, en vez de escribirse, quiso hacerse hombre, como narra san Juan: “Y aquel que es la Palabra se hizo hombre.”

Esto es un misterio admirable, que repetimos en el Ángelus, y al profesar la fe inclinando la cabeza y, hoy, arrodillándonos. Dios no se disfrazó de hombre. Se hizo hombre. Es tan fuerte esta afirmación, que algunas herejías sostenían que únicamente había tomado la apariencia de hombre. Pero no, el Evangelio es muy claro: “se hizo hombre”. Nada de disfraces, nada de apariencias, máscaras o simulaciones. Sin dejar de ser Dios es también hombre.

Continúa san Juan diciendo que “habitó entre nosotros”. Es decir, se hizo presente en el mundo, respirando este mismo aire, bebiendo la misma agua que nosotros. La tierra entera, como leímos en la primera lectura, puede ver la salvación, porque tiene rostro de hombre.

Es hombre y habla nuestro lenguaje. Nos hace entendible el misterio de Dios, porque sólo él conoce su intimidad. Por eso, las palabras de la Palabra son vida. Nadie había hablado así. Dios había hablado de otras maneras a los hombres en el pasado, como leímos en la Carta a los Hebreos. Pero ahora

HOMILÍAS

lo hace de un modo más perfecto, pues es por medio de su Hijo, de su Palabra.

La Carta a los Hebreos al referir al hablar de Dios por medio de su Hijo dice “ahora, en estos tiempos”. Es un presente no sólo del momento en que se escribió la carta, sino un presente actual. Hoy nos habla. A ti y a mí.

Escribió san Juan de Ávila: “una palabra habló el Padre que fue su Hijo, y en silencio ha de ser oída por el alma”. En un mundo que no se cansa del ruido es difícil escuchar a Dios. Necesitamos un poco de silencio para poder escuchar que nos dice. Precisamos, en medio del barullo insaciable en el que vivimos, dedicar unos momentos de cada día a buscar el silencio, que es el ascensor que nos lleva al Cielo.

La liturgia de Navidad nos invita a buscar todos los días un momento de contemplación silenciosa. A contemplar la palabra, que no solo es un sonido, sino una persona. Nos invita a un encuentro de miradas. El hombre no sólo se expresa con sonidos. También lo puede hacer por medio de miradas. Al ver al Niño Jesús podemos pensar en cómo se comunica un bebé que no sabe hablar. También podemos pensar en cómo dos enamorados se pueden comunicar con la mirada. Eso es lo que debemos buscar en el silencio: mirar a Cristo y dejarnos mirar por él.

Pidámosle a Santa María, la dulce Madre que no se cansa de contemplar en silencio a su Hijo, como hacen las madres con sus bebés en brazos, que nos enseñe en esta Navidad a vivir mirando la Luz y escuchando a la Palabra, que nos enseñe a amar a Jesús.

LA SAGRADA FAMILIA DE JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Ciclo A

“José se levantó y esa misma noche tomó al niño y a su madre y partió para Egipto”

Con esas palabras san Mateo explica la docilidad de José a la voluntad divina. Hace unos días, el IV domingo de Adviento ya habíamos leído otro pasaje en el que se demostraba la obediencia de José, no repudiando a María sino acogiénola para protegerla del repudio social. Ahora hemos leído la mansedumbre del patriarca para proteger a Jesús de la muerte.

Como hijos todos hemos experimentado la seguridad de la protección familiar. Los niños no encuentran mejor refugio que los brazos del papá y de la mamá, ante el más mínimo miedo. De mayores, incluso, nunca encontramos mejor amparo que la familia.

Dios no quiso que la Palabra eterna encarnada se privara de esta protección, y dispuso que tuviera una familia, la Sagrada Familia, que hoy celebramos. Quiso que tuviera un hogar. Hogar es una palabra que viene de calor. Quiso por tanto darle ese abrigo.

Quiso Dios que Jesús tuviese a santa María, que lo arropara, lo arrullara, que lo alimentara y lo consolara, como hacen las madres. Quiso Dios que Jesús tuviese a san José dispuesto a dejar su ciudad, su trabajo y su comodidad, como hacen los padres, con tal de protegerlo.

Con el salmo podemos decir que santa María y san José fueron dichosos porque temieron al Señor. Lo temieron no en el sentido de que tuvieran

HOMILÍAS

miedo. ¿Cómo le temerían a esa criatura recién nacido? Lo temieron porque lo respetaron. Tuvieron el temor que tienen los niños de desagradar a sus progenitores, respetaron la voluntad del Padre Eterno. Por eso fueron dichosos. Una dicha que fue inmensa porque su Hijo, estuvo alrededor de su mesa, porque el mismo Dios vivió en su casa.

En la lectura de san Pablo leímos que somos miembros de un solo cuerpo en Cristo. El Bautismo nos incorporó a Cristo. Por tanto, somos hijos del Padre en el Espíritu Santo. Pero también nosotros somos parte de la Sagrada Familia. Santa María es nuestra madre y san José nuestro padre adoptivo.

Así pues, debemos comportarnos como hijos de María y de José. Ante el más mínimo temor no dudemos de refugiarnos al regazo de la Virgen. No titubeemos de pedir la ayuda de José, que está dispuesto a todo para protegernos ante cualquier dificultad en nuestra vida. Son los mejores intercesores que podemos tener. No dejemos de pedirles que supliquen a Dios por nosotros. Somos sus hijos y Dios no les negará nada a ellos, que fueron sus custodios.

En la colecta nos dirigimos al Padre, diciéndole que la Sagrada Familia era ejemplo, y pidiéndole imitar sus virtudes domésticas. ¿Cuáles son esas virtudes que debemos imitar, que debemos vivir cada uno de nosotros en nuestras familias? Las explica san Pablo en la lectura que hemos escuchado. Nos ha pedido que seamos compasivos, magnánimos, humildes, afables y pacientes; que nos soportemos mutuamente y nos perdonemos; y, sobre todo, que nos tengamos amor, que es vínculo de perfecta unión.

Esta fiesta es una buena ocasión para preguntarnos cómo vivimos esas virtudes. ¿Soportamos a ese miembro de la familia que realiza eso que nos

desespera y nos molesta? ¿Compadecemos a ese miembro de la familia que está pasando por un mal momento e intentamos ser afables con él? ¿Perdonamos de corazón las ofensas que recibimos?

San Pablo da otra indicación para la vida familiar: “Con el corazón lleno de gratitud, alaben a Dios” ¿Alabamos a Dios en familia? ¿Rezamos juntos en la casa? Recordemos, para finalizar, lo que dijo san Juan Pablo II: “la familia que reza unida, permanece unida”.

Ciclo B

“María y José llevaron al niño a Jerusalén”

Con esta expresión, el Evangelio nos habla de la Sagrada Familia. El mismo Dios quiso pertenecer a una familia humana. No quiso perderse esta experiencia que todos nosotros hemos vivido y disfrutado.

Antes de la encarnación Dios era familia. Un Padre y un Hijo que se aman, y ese amor es el Espíritu Santo. Al hacerse hombre, el Hijo quiso ser también un hijo de familia, y con eso establecer un lazo profundo entre la Familia Divina y las familias humanas.

La Iglesia nos invita a tener a la Sagrada Familia como modelo de la familia cristiana. En el Evangelio de hoy hemos escuchado una manifestación concreta del comportamiento de María y de José: acercaron a Jesús a dos ancianos, a Simón y a Ana.

En la primera lectura también escuchamos cómo Dios se acercó a dos ancianos, a Abraham y a Sara, a quienes bendijo, como dice la Carta a los

HOMILÍAS

Hebreos, con una descendencia, “numerosa como las estrellas del cielo e incontable como las arenas del mar”.

Acercar el amor de Dios a los ancianos de nuestras familias es el mensaje que hoy nos transmite la Palabra de Dios. Podemos acercar el amor de Dios amándolos como Dios nos ama.

En nuestras sociedades, muchas veces se piensa que los ancianos son los que han llegado a la edad de la inutilidad; que no son más que seres que requieren nuestra atención sin ofrecernos nada a cambio, ni siquiera una promesa, como pueden brindar los niños. Son tratados como presencias que estorban.

Es lamentable que algunos piensen en los ancianos como el que ya fue. No. El anciano es el que es. Es por el que nosotros somos. Los abuelos, y también los tíos y otras personas ancianas de nuestras familias, son el puente, la continuidad de las generaciones en la fe.

Los abuelos son nuestras raíces, como Abraham y Sara. Ellos son la memoria viva de la promesa de Dios a quienes creen en él. Sin ellos, seríamos huérfanos de fe. Como Simeón, los ancianos son los que nos enseñan a bendecir a Dios. Como Ana, los ancianos son los que nos enseñan a dar gracias a Dios y hablar del niño a todos.

¿Nos admiramos, como José y María de las palabras de los ancianos? Eso implica algo previamente: escucharlos. ¿Platicas con los ancianos de tu familia? ¿Los visitas? ¿Te preocupas por su salud física y espiritual? ¿Si no pueden salir, procuras que reciban los sacramentos en su casa?

Y la Palabra de Dios también es un consuelo para las personas mayores. Dios esta con ellas, aunque se sientan abandonadas de sus hijos y nietos. Dios los visita en su ancianidad, como lo hizo con Simeón y con Ana. A ellos les concede la gracia de ver la luz que alumbra a las naciones, a María y a José. En los momentos en que sientan la soledad, los invita permanecer cerca del templo y firmes en su fe en Dios pues, como a Abraham y a Sara, él les dará una tierra como heredad, la patria celestial.

El salmo nos invitó a recurrir al Señor, a su poder y a su presencia. Recurramos a la familia del Señor, a la Sagrada Familia, a su poder y a su presencia. A San José, el custodio de Jesús y de María, le pedimos que proteja y guarde a nuestra familia. A Santa María le pedimos que sea también madre de nuestra familia, que ella esté siempre para ayudarnos en las dificultades. Y le pedimos a Jesús que sea el centro de nuestro hogar, la luz que lo ilumine y fortalezca.

Ciclo C

“Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia”

Estas palabras que María le dijo a Jesús expresan el sentimiento que la inundaba a ella y a José. Quien sea padre de familia lo puede entender perfectamente. Y quien no, puede imaginarse la angustia que se siente al no encontrar a un hijo.

¿Por qué Jesús le causó esa angustia a su madre y a san José? ¿No actuó mal Jesús? ¿No es un mandamiento honrar a los padres? Sí, es uno de los mandamientos. Y Jesús lo cumplió. Honró a su Padre celestial, como lo explica en su respuesta: “¿No sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?”

HOMILÍAS

Efectivamente, Jesús es el Hijo de María, pero también es el Hijo de Dios. Dios es familia. Confesamos que Dios es Padre, y que Dios es Hijo, y que el Espíritu Santo es el amor que se tienen el Padre y el Hijo.

En Jesús tu y yo nos insertamos en la Familia Divina. Por medio del Espíritu Santo, somos hijos en el Hijo. Esto no es un decir. Como explica la segunda lectura: “no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos”. Desde nuestro bautismo, estamos inmersos en la Familia Divina, y estamos llamados a honrar al Padre, a ocuparnos de sus cosas.

Para que esto pudiera ser así, el Hijo de Dios se hizo hombre e integrante de una familia, de la Sagrada Familia de Jesús, María y José, que hoy celebramos. Una familia a cuya autoridad estuvo sujeto Jesús, como nos indica la última frase del pasaje del Evangelio que hemos leído, honrando a su madre y a su padre por adopción.

La Santísima Trinidad, la Familia Divina, y la Sagrada Familia, tienen algo en común. Eso en común es alguien en común: ¡es Jesús! Y Jesús quiere ser también parte de tu familia, como es parte de la de María y José ¿Cómo puede Jesús ser parte de nuestra familia? Nos lo explican las dos lecturas previas al Evangelio.

En la primera lectura escuchamos como los padres de Samuel, Elcaná y Ana, acudían a la casa del Señor, y al sacrificio anual. Es una prefiguración de José y María yendo con Jesús a Jerusalén para las festividades de la Pascua. Son un ejemplo de los padres como maestros de oración.

Es en la familia en donde se aprende a amar y alabar a Dios. Aprendemos a rezar de boca de nuestros padres. Aprendemos a ir a misa los domingos de

la mano de nuestros padres. Gracias a la familia, somos los que vivimos en la casa del Señor, los que lo alabamos por siempre, como dice el salmo que hemos leído.

Dijo Jesús que “donde dos o más se reúnen en mi nombre ahí estaré yo en medio de ellos” (Mt 18:20). Si en nuestras familias se reza, en nuestras familias estará Jesús, como él mismo prometió. Y estando Jesús en nuestra familia, ésta se parecerá a la Sagrada Familia y a la Trinidad.

En la segunda lectura, san Juan dice que somos hijos de Dios por el amor que se derrama. Si derramamos amor en nuestras familias, Jesús será parte de ellas. Recordemos que Jesús dijo que cada vez que hacemos una obra de misericordia a uno de sus hermanos, lo hacemos con él (Mt 25, 40).

Dando de comer, de beber, vistiendo, consolando o visitando a un hijo, a un hermano, a un padre, a un tío o a los abuelos, es como podemos vivir las obras de misericordia. Poniendo buena cara, evitando los gritos y los insultos en las relaciones familiares es como cumplimos el mandato del amor. Así se derrama el amor en nuestra familia, es como Jesús vive en nuestra familia.

De esta forma, con la oración y las obras de caridad en el seno de la familia Jesús estará en nuestra casa, y así podremos imitar a la Sagrada Familia, el más perfecto ejemplo que el Señor nos dejó para poder vivir la recompensa en la alegría de su casa, como rezamos la colecta.

A la Sagrada Familia de Jesús, María y José le pedimos su intercesión para que la gracia y la paz reinen en nuestras familias.

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS

“Cumplidos los ocho días, circuncidaron al niño y le pusieron el nombre de Jesús.”

Ha pasado una semana de que celebramos la Natividad del Señor, y el Evangelio nos ha relatado que a los ocho días del Nacimiento circuncidaron al niño. Esta práctica era mandada por la ley. Por ello es que San Pablo indica en la Carta a los Gálatas que Cristo nació bajo la ley, como escuchamos. Pero antes de señalar esta posición respecto a la ley, San Pablo anota que Jesús nació de una mujer.

Jesús nació de María. María es la madre de Jesús. Hubo quien dijo que María era sólo madre del hombre (*antropotokos*) nacido en Belén. Sin embargo, como la naturaleza humana y la naturaleza divina están unidas en la persona de Jesús, el concilio de Éfeso declaró como dogma que María no sólo es Madre del hombre, sino también de Dios (*Theotokos*).

Antes de ese concilio, el pueblo cristiano ya se dirigía a María como la Madre de Dios en una bella oración: “bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios”. Y así la llamamos en el Avemaría: “Santa María, Madre de Dios”.

María es la Madre de Dios. Es la *Dei Genetrix*, decimos en latín, la Generadora de Dios. Es la mayor gracia que puede recibir un ser humano. Mayor que el sacerdocio, incluso. Y lo ha recibido una mujer, María. Ella es la Madre del Hijo a la vez que es hija de su Hijo.

Jesucristo pudo haber simplemente aparecido en el mundo, pero no quiso privarse de uno de los dones más grandes con los que gozamos los

humanos: tener una madre. Eligió como su madre a María, la más bella de todas las creaturas, a quien como a nadie le es aplicable la bendición de Dios que escuchamos en la primera lectura: en ella resplandece el rostro de Dios, a ella Dios le concede su favor, ella fue vista con benevolencia, y a ella le concedió la paz.

Narra el Evangelio que escuchamos que los pastores “encontraron a María, a José y al niño”. Como los pastores, si buscamos a Jesús encontraremos también a María, y si buscamos a María, encontraremos a Jesús. Iniciamos el año civil celebrando la maternidad divina, porque si buscamos a María, encontraremos a Jesús cada uno de los días que siguen.

Iniciamos hoy una nueva vuelta al sol. En la Escritura se identifica a Jesús con el sol. Procuremos que este año gire en torno a Cristo. Para esto podemos imitar a María, a quien se ha llamado “girasol de Dios”. Así como esa flor va volteándose a donde el sol se mueve, María siempre contempla a su Hijo. Hagamos el propósito de ver a Jesús con María todos los días.

Podemos pensar que, si humanamente Jesús únicamente es hijo de María, debe de ser muy parecido físicamente a ella. El rostro de María nos evoca el de Jesús. Y el rostro de Jesús, el de María. No solamente en apariencia física. También en el alma. Nadie ha reflejado la divinidad en su mirada como María, la Madre de Dios.

En la Salve le pedimos a María: vuelve a nosotros esos, tus ojos, misericordiosos, y muéstranos a Jesús. Voltea hacia nosotros, madre, para que tu hijo, a quien llevas en brazos, también nos vea, para que él vuelva sus ojos hacia nosotros, como se le pedimos en el salmo hace un momento.

HOMILÍAS

En el himno Ave Maris Stella, Ave Estrella de los Mares, le decimos a María, muéstrate siempre madre. Hoy se lo pedimos: Madre de Dios, muéstrate madre con nosotros todo el año que iniciamos; muéstranos a Jesús para que lo podamos contemplar todos los días, para como a ti, Dios nos conceda su paz y su favor; para que como en ti, en nosotros resplandezca el rostro de Dios.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

“Vimos surgir su estrella”

A unos Magos, como a muchas personas, la creación les decía algo. Habla la creación porque tiene la huella de su autor. La naturaleza les invitaba a descubrir algo más. Esos Magos, que poseían conocimientos astronómicos eran, sobre todo, hombres de un corazón inquieto, con sed de lo esencial. Sin saberlo quizá en ese momento, eran buscadores de Dios.

Esa inquietud la tenemos todos los hombres. Tu y yo la poseemos pues, como dice la famosa frase de San Agustín, “nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti.”

Frente a la sed de Dios, hay quien por desidia o comodidad decide no hacer nada por saciarla. Los Magos, en cambio, movidos por la inquietud emprendieron un viaje guiados por la estrella.

Señor, remueve nuestra pereza y la de todos los hombres, para que se nos movamos hacia ti.

La estrella guio a esos magos hacia Judea. Con lógica humana, fueron a buscar al Rey recién nacido al palacio real. En Jerusalén la estrella desaparece de su vista. Pero encuentran a los doctores de la ley, quienes les dan a conocer que el Mesías debía nacer en Belén conforme a las Escrituras.

Si la naturaleza nos llama a Dios, es en las Escrituras en donde encontramos la ruta precisa que nos conduce a Dios. Por eso, debemos leerlas diario, para encontrar a Cristo, de quien hablan todas sus páginas.

HOMILÍAS

En Jerusalén los Magos descubren algo que seguramente les causó asombro: que el Rey de los judíos, como ellos lo llaman, no estaba entre el poder y la cultura, sino en una ciudad pequeña, en donde en vez de sabios y poderosos habitaba gente pobre y humilde.

Aquí hay una enseñanza profunda. A Jesús no lo vamos a encontrar en el poder y en las grandes doctrinas académicas. Quizá ahí descubramos alguna información valiosa que nos lleve a seguir buscando. Pero donde encontraremos a Jesús es en los pobres y en los humildes. Y si queremos que Dios habite en nuestros corazones, debemos de ser humildes y tener un espíritu de pobreza.

El Evangelio nos narra que los Magos “postrándose, lo adoraron”. Es el acto que nosotros que también debemos hacer sólo ante Dios. Adorarlo es reconocerlo como único Dios, como Creador y Salvador nuestro. Es atestiguar con sumisión que sólo existimos por Dios y, por tanto, exaltar su grandeza y humillar el espíritu ante el Rey de la gloria.

Debemos adorar a Dios, sobre todo, con el corazón. Pero también con el cuerpo, como los Magos, que se postraron ante él. Por eso, nos arrodillamos durante la Consagración, salvo que tengamos un problema de salud. Y cuando pasamos frente al Sagrario, hacemos una genuflexión. ¿Haces estas reverencias? ¿Mientras las haces, realmente lo adoras, reconociendo que tú estás en el suelo y mientras que él es tu Dios, tu salvador y tu rey?

Los Magos sí lo reconocieron como tal, y por eso le ofrecieron oro, porque es Rey; incienso, porque es Dios; y mirra, porque ese Niño era su Salvador, quien habría de morir por ellos y por nosotros, y se requería de esa sustancia para ungir su cuerpo tras su muerte.

Así como los Magos apuntaron con sus regalos hacia la Pasión, hoy nosotros apuntamos hacia la Pascua, y por eso la liturgia contempla que tras el Evangelio pueda hacerse el anuncio de la fecha de la Pascua, que cambia año tras año.

A los magos los sorprendió una estrella. Hay muchas estrellas en el cielo. Sin embargo, ellos seguían una que era distinta, mucho más brillante. *Lumen requirunt lumine* dice el himno de las vísperas de Epifanía: siguiendo una luz encontraron la Luz. Dice San Juan en su primera carta que “Dios es luz” y añade “Dios es amor” (1 Jn 1, 5). Los magos buscaban la luz, los magos buscaban el amor de Dios.

Epifanía significa manifestación. En el pesebre de Belén, la Luz amorosa hecha hombre fue visible para María y José, quienes lo adoraron. Después, los pastores representando al pueblo de Israel, acudieron al pesebre y adoraron al Niño. Finalmente, hoy conmemoramos la epifanía a los pueblos paganos, quienes, representados por los Magos, también acudieron a adorarlo pues, como leímos en la segunda lectura, “los paganos son coherederos de la misma herencia, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Jesucristo.”

De esta forma, la solemnidad de hoy nos recuerda la dimensión misionera de la Iglesia. La Iglesia, de la que to y yo somos parte, está llamada a hacer que la luz de Cristo resplandezca. En la Iglesia se cumplen las profecías referidas a Jerusalén que escuchamos en la primera lectura: “Levántate, brilla (...) Caminarán los pueblos a tu luz; los reyes al resplandor de tu aurora”

Tu y yo, como miembros de la Iglesia estamos llamados a reflejar la luz de Cristo en nuestros días. Así nos lo pidió Jesús en el sermón de la montaña

HOMILÍAS

al decir: “Alumbre así su luz a los hombres, para que vean sus buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo” (Mt 5, 16).

Te pedimos, Señor, que nos concedas este año despertar la inquietud por ti en nuestro corazón; que nos movamos para perseguir tu luz amorosa, como hicieron los Magos; que en la lectura de las Escrituras encontremos el camino hacia ti; que transformes nuestro espíritu, para que sea pobre y humilde y así puedas habitar en él; para que reflejemos en nuestras buenas obras tu luz, y así podamos transmitirla a todos.

Los Magos encontraron a Jesús con María. A ella, que es Estrella de la Mañana, como la llamamos en el rosario, le pedimos que nos guie hacia su Hijo, la hermosura tan antigua y tan nueva que saciará nuestra inquietud de amor.

EL BAUTISMO DEL SEÑOR

“Vio que los cielos se rasgaban”

Al suceder eso se cumplían las palabras del profeta Isaías: “Si rasgaras el cielo y descendieras las montañas se disolverían delante de ti, como el fuego enciende un matorral” (Is 63, 19).

Durante el Adviento pedimos a los cielos que derramaran su rocío, que las nubes llovieran al Justo (Cf. Is 45, 8). En el tiempo de Navidad que hoy culmina, hemos recordado cómo los cielos se abrieron y derramaron su rocío sobre la tierra para traernos al Justo, para rescatarnos.

El cielo se rasgó con el Bautismo de Jesús, porque al sumergirse en las aguas, anticipó su muerte redentora con la que llevaría a plenitud el Bautismo, que nos permite entrar en el Cielo. Se rasgó y Jesús lo dejó abierto para nosotros.

Juan predicaba la conversión y bautizaba en el Jordán. Su bautismo era muy distinto al sacramento instituido por Jesucristo, como reconoce el mismo Juan: “yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo”.

El bautismo de Juan implicaba una confesión de los pecados, tras lo cual el bautizado se sumergía en el agua como señal de que moría el hombre pecador, y al salir del agua surgía un hombre convertido. Era un baño simbólico de los pecados.

Jesús no tenía pecado alguno ni requería convertirse. Él es el Justo, es a él a quien debemos convertirnos. Es por eso que Juan no entiende por qué debe

HOMILÍAS

de bautizar a Jesús. Sin embargo, como señal de su misión que se consumaría en la Cruz, quiso cargar los pecados de todos los hombres para que en él renaciéramos como hombres purificados.

Los ríos son fuente de vida. Puede sembrarse y cosecharse en las tierras cercanas, porque la flora bebe de las aguas que corren en ellos. En el Jordán no fue el agua quien dio la vida y santificó a Jesús, sino que Jesús le dio vida y santificó el agua. No solo la del Jordán, sino la de todos los baptisterios del mundo.

Si el bautismo de Juan simbolizaba el perdón de los pecados, con el sacramento del Bautismo instituido por Jesús, realmente se perdonan los pecados. Así, con su Bautismo, Jesús puso término al bautismo de agua e inauguró el del Espíritu.

Jesús se sumergió en el agua anticipando que se sumergiría en la muerte. Después de estar en ese sepulcro de agua, salió simbolizando su resurrección. Así nosotros, al ser bautizados nos unimos a la muerte y resurrección de Cristo.

Al momento de salir del agua, el Espíritu Santo, en forma de paloma, descendió sobre él. La lectura de los Hechos nos lo ha explicado diciendo que fue ungido con el poder Espíritu Santo.

Nosotros, cuando fuimos bautizados, tras pasar por el agua, fuimos ungidos con el Crisma mientras se nos decía que era incorporarnos a su pueblo, y ser para siempre miembros de Cristo Sacerdote, Profeta y Rey.

Así se representa que con el bautismo nos incorporamos a la Iglesia, que se nos imprime un carácter indeleble en el alma, que nos incorporamos a

Cristo recibiendo la vocación de asemejarnos a él, hasta ser uno con él, y que recibimos el sacerdocio real que nos permite participar en los demás sacramentos, y ofrecer un culto espiritual, haciendo de nuestra vida una continua alabanza al Padre.

Además de descender el Espíritu en forma de paloma, se escuchó la voz de Dios Padre. La voz que se deja oír sobre las aguas torrenciales, la voz poderosa e imponente, de la que hablaba el salmo. Y esa voz dijo lo que ya había anticipado Isaías, como leímos en la primera lectura, que era en quien se complacía. Pero antes dijo que era su Hijo amado. Es otra Epifanía, que se suma a su Nacimiento y a la adoración de los Magos.

Si en nuestro bautismo fuimos incorporados a Cristo, también a nosotros nos dijo el Padre: tu eres mi hijo. Verdaderamente somos hijos de Dios desde nuestro bautismo. Este es un motivo de mucha alegría y orgullo. Dios es nuestro Padre y nunca nos abandonará. Siempre estará para ayudarnos, sostenernos, y consolarnos.

Tomando en cuenta todo lo que comprende el bautismo, podemos entender por qué en el tiempo de Navidad celebramos esta fiesta del Bautismo del Señor. Podríamos pensar que no viene mucho al caso celebrar en un tiempo en el que recordamos la infancia de Jesús algo que sucedió muchos años después. Pero si consideramos que el Bautismo nos hace nacer de nuevo, como explicó el mismo Jesús al hablar con la samaritana (Jn 4), en el tiempo del Nacimiento celebramos también nuestro nacimiento a la gracia.

Como hemos visto, el Bautismo nos hace nacer a la vida de la gracia porque nos perdona el pecado original y los demás pecados que hubiésemos

HOMILÍAS

cometido; nos hace nacer a la Vida nueva, porque nos incorpora a Cristo, a su muerte y a su resurrección; y nos hace nacer como hijos de Dios.

El Bautismo nos ha hecho nacer en la vida trinitaria. Somos hijos de Dios en el Hijo por medio del Espíritu Santo. Al recordarlo, podemos hacer el propósito de asemejar nuestra existencia más y más a la de Cristo. A vivir por Cristo, con Cristo y en Cristo y, como se dice en la Plegaria Eucarística, nuestra vida se dirige a Dios Padre omnipotente por medio del Espíritu Santo, para darle todo el honor y toda la gloria por siempre.

Al sumergirse en el Jordán y con su muerte y resurrección, Jesús nos hizo hijos del Padre, pero también hijos de María. A ella, que de su mano hemos vivido el Adviento y la Navidad, le pedimos que nos ayude a que en nuestra vida sea un reflejo de la luz de su Hijo.

II Domingo después de Navidad

Dios se hizo hombre para hacer al hombre Dios. La realidad del mundo, que Dios vio que era buena, que fue creada por sus manos, que fue creada por Dios, debe ser lo que nos lleve a su creador.

La Navidad nos enseña a descubrir la huella de Dios en todas las cosas y en todas las personas. Encontrar el rostro de Dios en nuestros semejantes. Descubrir a Dios en todo lo que hacemos, para que todo inicie siempre en él y en culminen. Hacer nuestra trascendente a lo divino, para que todo sea hecho en Cristo, por Cristo y con Cristo, como se dice en la Misa.